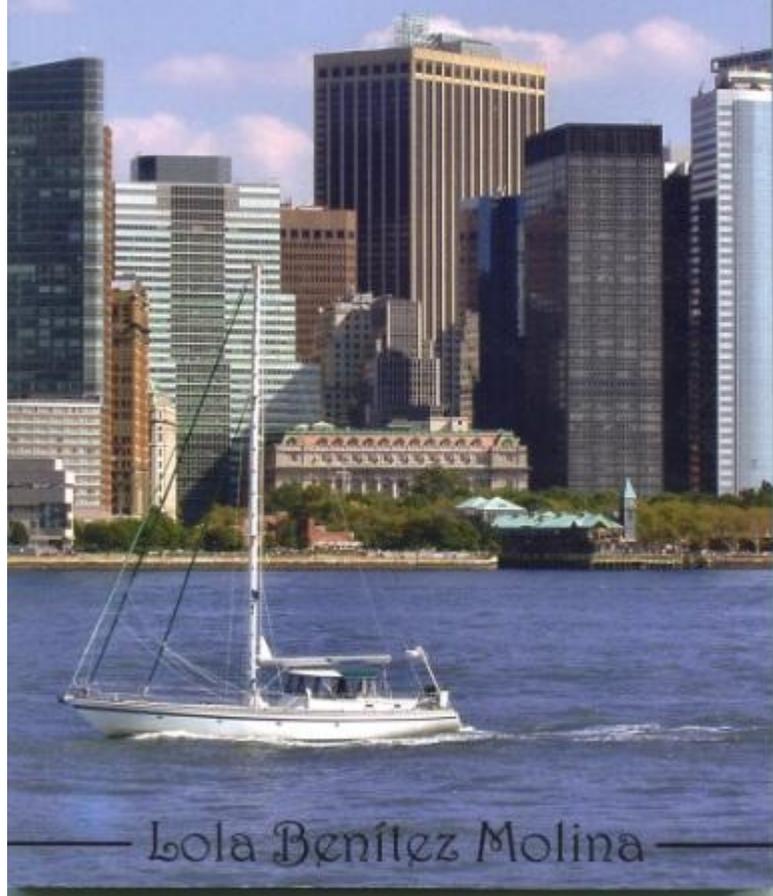


La Soledad Del Cuervo



— Lola Benítez Molina —

CAPÍTULO I

Cuando lo conocí, ya era un prestigioso escritor y psiquiatra del hospital "Mount Sinai" de Nueva York, de ese tipo de hombres que no pasan inadvertidos; sumamente atractivo, varonil y, además, gozaba de una educación exquisita. Te reías con sus ideas y una persona que te hace reír siempre es atrayente.

La verdad es que me impactó a primera vista. Una especie de flechazo, diría. Yo comencé bastante nerviosa por todo lo que suponía lo desconocido. Aquel nuevo trabajo, aquella urbe tan colosal... Dominaba el idioma, pero no lo suficiente como para desenvolverme con soltura. Me sentía cohibida.

Fui allí como enfermera, ya que a mi marido le habían dado una beca en el departamento de investigación con células madre.

Nunca olvidaré el primer día. Ha quedado completamente sellado en mi memoria. Recuerdo que pasó por mi lado, y en un primer momento no pareció reparar en mí. Yo estaba examinando el servicio sin perder detalle. Y, de repente, lo vi mirándome con fijeza, lo que me hizo sentir insegura, pero enseguida comenzó a hablar como si ya me conociese. Me llamó la atención el hecho de que supiese mi nombre.

-Buenos días, Cris. Bienvenida -me dijo-. Acabas de alegrarme el día. La verdad es que esperaba una enfermera mayor y debo reconocer que no tan guapa.

Me ruboricé y sólo acerté a decir:

-Buenos días, doctor Stanton.

-¡Huy! ¡Qué formal! No creo que sea mucho pedir que me llames Richard.

-Como usted diga, doctor Stanton.

Y entonces soltó una gran carcajada. Comenzamos a reír los dos.

Tuvimos que adaptarnos rápidamente a la vertiginosa vida de Nueva York; entrar en la vorágine del asfalto casi sin aliento. Buscamos colegio para nuestros dos hijos. Pronto la vida comenzó a fluir con normalidad. Entramos en la rutina diaria: trabajo-casa, casa-trabajo. Mi marido y yo apenas teníamos tiempo para nosotros. La monotonía de pareja se había instalado, había hecho su feroz acto de presencia. Sólo salíamos cuando el compromiso era ineludible.

Aun así, yo luché por mantener mi matrimonio y mi familia unida. Tenía mi vida encauzada, y quería y necesitaba una estabilidad por difíciles que pudieran llegar a ser las circunstancias. Mi marido lo sabía, y a veces llegaba a tensar bastante la cuerda. Pero ahí estaba yo, aparentemente, impertérrita.

Tuve una infancia marcada por la separación de mis padres. Sabía lo que eso había significado no sólo para mí, sino también para ellos, así que, siendo muy joven, me prometí a mí misma que, si tenía hijos, no los haría pasar por ese trance. Con esto, no quiero decir que todos lo pasen como lo viví yo, pero aquí estoy expresando cómo percibía yo los acontecimientos.

No obstante, me sentí fuertemente atraída por Richard. Contra eso no podía lidiar. De él me sedujo su inteligencia, su gran profesionalidad, su sentido del humor. Sabía empatizar con sus pacientes, y aún no sé hasta qué punto aquello podía ser significativamente bueno.

Enseguida se convirtió en mi amor platónico, y me atrevería a decir que yo en el suyo. Había una bonita complicidad entre ambos. Se basaba en admiración mutua. Con él aprendí muchas cosas. Conseguía evadirme de mi presente. Me valoraba, me

aportaba seguridad. Disfrutaba de su trabajo, y yo con él. Me hizo ver lo bueno que puede haber en cada ser humano.

Gran seductor; parecía hermético respecto a su vida privada. Pero, tras muchas horas de trabajo, llegué a conocerlo en profundidad.

Por aquel entonces tenía a su mujer con Alzheimer. Aún no estaba en una fase muy avanzada, pero, aunque era joven, la enfermedad comenzaba a hacer mella.

Recuerdo que a veces se pasaba horas y horas en el departamento de investigación, para conocer de primera mano, los avances con las células madre en ese terreno. Incluso mi marido me comentó lo fascinante que sería conocerle, pues tenía la inquietud de un aprendiz, que emprende la vocación para la que se siente llamado.

Como iba diciendo, se deshacía en cuidados y mimos con ella. Aunque las malas lenguas decían que era un auténtico donjuán.

Sus escasas horas libres las pasaba junto a ella. Le hacía ejercitar la memoria en la medida de lo posible, esos momentos en que parecía estar más cuerda. El resto del tiempo impartía conferencias por todo el mundo. Eran bien conocidas sus charlas sobre inteligencia emocional, a las que salpicaba de humor y de anécdotas, a cual más interesante. Para él, estar ocioso era la base del mal.

En el trabajo era igual de ameno y respetuoso.

Recuerdo que un día tenía prisa por marcharse, algo inusual en él. Había quedado con su gran amigo de la infancia. Hacía años que no se veían, pero mantenían una estrecha relación. Solían cartearse, como antaño. Les gustaba escribir sus propias cartas a mano, el ritual de comprar sobres y sellos e ir al buzón correspondiente. Cuando querían hablar largo y tendido, lo hacían así y, si no, vía e-mail.

Así es como conocí a Gustav.

-Buenos días, señorita. Por favor, ¿podría indicarme dónde está el doctor Richard Stanton?

-Lo siento, está ocupado. Dígame su nombre y lo haré pasar enseguida.

-¡Oh, mi fiel amigo nunca cambiará! Está bien, esperaré. De todas formas no tengo nada mejor que hacer, al menos por ahora.

Sacó sus gafas y un libro y se sentó.

Gustav tenía aspecto intelectual con aquella melena y barba canosa bien cuidada y, además, vestía de manera impecable. Su cara me resultó familiar. Claro, enseguida lo supe, era un escritor de renombre.

Yo misma había leído alguno de sus libros, como buena lectora empedernida. En mis momentos de desánimo suponía una buena válvula de escape.

Gustav, al igual que Richard, era enormemente culto, uno de esos hombres que despiertan interés con sólo mirarlos. Era español como yo. Nacido en el seno de una familia humilde, en la que, como en tantas otras, los sinsabores de la guerra civil española hicieron sus estragos.

Superprotegido hasta la saciedad y con razón, pues el destino quiso que el que debía haber sido segundo hijo en la línea sucesoria pasase a ser el primogénito, tras perder su madre, a los veinte días de nacer, a su primera hija. Al parecer, la niña había nacido completamente sana, pero falleció tras la administración de una vacuna. Al menos eso fue lo que le dijeron los médicos, pues no la dejaron verla. Argumentaron que así el sufrimiento sería menor, y que, ante tan terrible suceso, todo se haría según trámite, pues se hacían cargo del dolor que aquello suponía. En ellos siempre quedó la sombra de la duda, pero ya nada pudieron hacer.

Él decía que estaba en este mundo de milagro, ya que sus padres, después de aquel duro trance, el más duro de los que

pueden ocurrir, decidieron no tener más hijos, y así es como María se lo hizo saber a un sacerdote en acto de confesión.

-Padre, estoy pecando porque me he propuesto no tener hijos.

-Y, ¿cómo puede ser eso, hija mía? Si un hijo es un regalo divino. No os obcequéis. Dejadlo en manos de Dios. El es el único que tiene potestad para decidirlo.

Familia de profundas raíces religiosas, y, sin embargo, nunca vio celebrar una sola Nochebuena, porque, antes de él venir al mundo, un tío suyo había fallecido esa misma noche, siendo aún muy joven.

Su madre le contaría, ya pasados los años, que a aquel mismo sacerdote volvió a verlo una vez más por puro azar.

Él, por supuesto, no la reconoció. Pero un día lluvioso del mes de noviembre, cuando Gustav contaba dos años de edad, al volver a casa en autobús, no habiendo sitio para sentarse, un párroco con sotana negra se volvió y dijo:

-Señora, no se preocupe, yo lo llevaré-. Y lo cogió en brazos.

Así es como le vino a su madre el recuerdo de las palabras que aquel mismo sacerdote le había dicho un día en confesión.

Estos hechos marcaron su infancia y su vida. Si, además, a ello se une una mezcla explosiva de una gran sensibilidad, junto a una gran rebeldía, de la que siempre ha hecho gala... Mezcla que a la larga le pasará factura.

De niño era un alumno aventajado. Podría haber estudiado lo que hubiese querido porque siempre le concedían becas. Ya entonces le gustaba escribir. Los profesores conocían su valía. Su otra gran pasión era la medicina. Tenía muy claro que quería ser cirujano; de hecho le concedieron la beca para que se pudiera ir a Madrid a cumplir su sueño.

Qué bonitos son los sueños a tan temprana edad, cuando se tiene la inocencia aún sin empañar; cuando se tiene toda la vida por delante y todas las ilusiones tienen sus raíces sin marchitar, y

no se conoce la frustración, frustración que le llegó a Gustav cuando su madre decidió que era muy joven para marchar a Madrid, pues para ella suponía como afrontar una pérdida más.

Así fue como en un primer momento estudiaría magisterio. Se aficionó a leer a los grandes filósofos y eruditos de la época. Así pues, si analizamos la historia, descubrimos que los grandes genios como Picasso, Van Gogh, Beethoven, y así podríamos enumerar un gran sin fin de ellos, se han caracterizado precisamente por un carácter difícil, con grandes altibajos; sin embargo, el legado que han dejado a la humanidad es de un valor incalculable. No obstante, el hombre, el ser humano, que había en ellos, estaba lleno de contradicciones, de grandes conflictos internos que plasmaban en su obra. Algunos de ellos llegarán a rozar la locura, pero no será sino su extrema cordura la que les llevará por unos derroteros de angustia infinita. La soledad del cuerdo es como yo lo llamo, y aquí expongo la vida de uno de esos cuerdos, cuyo pensamiento y las vicisitudes de la vida lo han llevado a forjar su existencia.

Visto, desde el prisma de mis ojos, es un genio, un erudito, pero incomprendido.

Con estas líneas, quisiera abrir una brecha de luz en su camino, camino por el que ahora deambula a oscuras y del que no es que no sepa, sino que se niega a salir. Prefiere estar cuerdo a dejarse engañar por espejismos que, según él, no lo conducen a ninguna parte.

Hay quien ha llegado a compararlo con Walt Whitman, Baudelaire o Miguel Hernández.

Gustav está tan sumamente cuerdo que tiene que visitar asiduamente al psiquiatra. Parece un contrasentido, pero la realidad lo abruma. Piensa que puede que haya otra vida, pero el cuerpo sí es perecedero, realidad que lo atormenta hasta rayar en la locura. Él no se engaña a sí mismo machacándose en el

gimnasio o quitándose esas arrugas para intentar mentir al tiempo. Sabe que cada hora que corre pasa implacable. No soporta estar a solas consigo mismo y, sin embargo, cuántas horas frente al papel...

Me llamaba la atención que su película favorita fuese "El...